

SILVIA GARCÍA RUIZ

Rompamos



las neblinas

# *Rompamos las reglas*

Silvia García Ruiz

Esencia/Planeta

© Silvia García Ruiz, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

© Diseño e ilustración de la cubierta: Planeta Arte & Diseño a partir de las imágenes © Anntavi, © Biod / Shutterstock  
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

© Canción pág. 43: *Happy*, © 2014, Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Pharrell Williams

Primera edición: junio de 2022  
ISBN: 978-84-08-25849-0  
Depósito legal: B. 7.777-2022  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.  
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Capítulo 1



*Primera regla: «No permitas que nadie te arrebatte la sonrisa»*

La vida no es sencilla, eso es algo que vas aprendiendo a lo largo de los años. En ocasiones parece que todo el universo se ha puesto de acuerdo para joderte y todo te sale mal. Es como si el mundo sintiera envidia de tus momentos felices y quisiera arrebatártelos. Era en esos instantes cuando me fijaba en mi madre, y, siguiendo su ejemplo, le mostraba el dedo corazón al mundo y seguía adelante con una sonrisa.

Fue gracias a ella, y a una de esas terribles situaciones, por lo que comencé a elaborar mis «reglas para ser feliz» con la intención de que nadie me arrebatara la sonrisa. Aunque lo cierto es que tardé un tiempo en tener agallas suficientes como para levantarme y crear la primera de esas reglas con el fin de buscar mi felicidad.

El día de mi decimotercer cumpleaños, un conductor borracho me arrebató a mi padre. En un instante pasé de soplar las velas de mi tarta de aniversario a contemplar los cirios de su velatorio aturdida, incapaz de procesar lo que me estaba ocurriendo.

En un santiamén, nuestra familia feliz, formada por mi madre, mi padre y yo, desapareció. Todo ocurrió tan rápido que apenas tuvimos tiempo de asimilarlo. Y, por si eso no fuera suficiente, mi madre no solo recibió ese día la noticia de que había perdido para

siempre al amor de su vida, sino también varias frías comunicaciones avisándola de que se nos acumulaban importantes deudas por préstamos personales que mi padre había pedido a empresas no demasiado honestas y por algún impago de las cuotas de nuestra hipoteca.

Nancy Templeton, que hasta ese instante había sido solamente una madre y ama de casa acostumbrada a lidiar con el día a día de una familia humilde que apenas llegaba a fin de mes pese a los enormes esfuerzos de papá por traer dinero a nuestro hogar, no supo qué hacer, salvo derrumbarse y llorar.

Y sus lágrimas no cesaron, antes al contrario, fueron a más, ya que la gente que la rodeaba, en vez de ayudarla, parecía haber estado esperando justo a ese momento para echar una pizca de sal en sus heridas y acabar de hundirla.

En el funeral de mi padre no vi junto a ella a amigos o familiares preocupados, sino a gente que se acercaba para regocijarse con sus lágrimas, personas que le preguntaban qué iba a hacer, de dónde iba a sacar el dinero para mantenerse a ella misma y a su hija, qué pensamientos de futuro tenía ahora que no contaba con nadie en quien apoyarse, pero nunca le ofrecieron una solución, ni siquiera una mísera palabra amistosa que aliviara mínimamente sus problemas.

Yo, por mi parte, aún seguía en *shock* por todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor y no podía creer que mi padre hubiera desaparecido de mi vida. Pensaba que todo aquello no era más que una inmensa broma de infinita crueldad que él disiparía en cualquier momento al aparecer por la puerta, sonriente y con su habitual aspecto agotado, cargando con un regalo para mí. Y entonces todos mis miedos y mis temores se acabarían entre sus protectores brazos...

Pero él nunca volvió. Se había ido para siempre.

En el velatorio no lloré. Permanecí distante y aturdida, observándolo todo desde lejos, como si ese triste acontecimiento no tuviera nada que ver conmigo, hasta que un hombre elegantemente

vestido se nos acercó y me fue presentado como mi abuelo materno, al que no había visto jamás hasta ese momento.

Las primeras palabras que ese hombre le dirigió a mi madre, su hija, provocaron que no me cayera nada bien, y me hicieron reaccionar de una forma que llamó bastante la atención de todos los presentes.

—Nancy, ya te advertí que no te casaras con ese don nadie, con ese impresentable de Harry Templeton, que no ha sabido cuidar de ti como mereces... ¿Qué vas a hacer ahora? ¿De qué vas a vivir? ¿Cómo vas a cuidar de tu hija cuando tu difunto esposo no te ha dejado nada y su mísero seguro apenas cubre sus deudas y los gastos de este entierro? —preguntó ese desconocido que decía ser mi abuelo, aumentando así el sufrimiento de mi desconsolada madre, a la que yo abracé con cariño y afán protector mientras a él lo fulminaba con la mirada.

—¡Si no va a decir nada agradable, será mejor que se calle! —dije enfrentándome a ese adulto, que reaccionó con una gran sorpresa, al parecer incapaz de creer que una mocosa le hablara de ese modo.

—¿Y tú por qué no lloras? Estás en el funeral de tu padre —replicó él, reclamando mis lágrimas mientras me recordaba con crudeza la dolorosa situación.

El inmenso dolor estaba ahí, agazapado en mi interior. Sabía que en algún momento todas las lágrimas que se agolpaban en mi compungido corazón emergerían. Y tal vez tardaría una eternidad en contenerlas, pero, tras mirar a las personas de mi alrededor, que parecían aguardar a contemplar mi dolor como si lo necesitasen por algún motivo que escapaba a mi entendimiento, y tras ver a mi destrozada madre, que a la sazón necesitaba que yo fuera fuerte para sostenerla, de mi rostro solamente salió una cínica sonrisa dirigida hacia ese tipo. Tal vez el gesto más inadecuado para el día del entierro de un padre, pero fue un gesto que lo dejó sin palabras y que me demostró que a mi aparentemente rico abuelo jamás lo había desafiado nadie hasta entonces.

—¿Por qué sonríes, niña?! —exclamó él indignado—. ¡Hoy has

perdido a tu padre, no tardarás en perder tu casa y no tenéis dinero para pagar las deudas que caerán sobre vosotras!

—Sonríó porque estoy recordando algunos de los momentos felices que he vivido con él. Y, de paso, estoy haciendo caso de uno de sus consejos.

—¿Ah, sí? ¡No me digas! ¿Y cuál es ese *sabio consejo* que te dio ese padre tuyo, si puede saberse? —inquirió despectivamente mi abuelo sin ocultar lo más mínimo su desprecio por mi padre, mientras dirigía la mirada hacia su ataúd.

Y yo, ensanchando aún más mi sonrisa, no dudé en contestarle:

—«No permitas que nadie te arrebate la sonrisa».

El hombre que decía ser mi abuelo me miró ceñudo y soltó un bufido de desaprobación dirigido tanto a mí como a mi sonrisa. Y, sabiendo por mi firme mirada que ese gesto no abandonaría mi rostro mientras estuviera en su presencia, exclamó con furia antes de darme la espalda:

—¡Pues llámame cuando desaparezca!

Unos minutos más tarde, finalizado el triste evento, el llanto de mi madre fue disminuyendo después de que mi abuelo se marchara, y cuando los demás asistentes se fueron, este desapareció por completo. Solo cuando quedamos nosotras dos ante la tumba de mi padre pude ver en su rostro una leve sonrisa.

—Tu padre tenía razón, cariño: pueden quitárnoslo todo, pero nunca permitiremos que nos quiten la sonrisa. Lo haremos en su memoria.

Con esas palabras, mi madre se dio fuerzas a sí misma para seguir adelante y yo la acompañé en esa dura tarea. Sin embargo, transcurridas tan solo un par de semanas, nos dimos cuenta de que la vida no parecía nada interesada en ponérselo fácil y no nos permitía sonreír.

Lo intentamos todo con desesperación. Mi madre trató de buscar trabajo, y, a pesar de su inexperiencia y de las innumerables puertas que le cerraron en las narices, nunca se rindió. Yo, por mi parte, trabajé en lo que podía para ayudar en casa mientras seguía

adelante con mis estudios: como canguro, cortando el césped de los vecinos o repartiendo periódicos.

Tres meses después de vernos abrumadas por multitud de cartas que nos conminaban a saldar nuestras deudas, por las amenazas de nuestro casero de echarnos del cochambroso lugar donde vivíamos después de que hubiéramos tenido que vender nuestra casa para pagar algo de lo que debíamos, de no recibir ninguna ayuda de nadie y de que mi madre no encontrara ningún empleo, ambas nos rendimos a la realidad.

Mis lágrimas al fin salieron, uniéndose a las de ella, y cuando ya no nos quedaban más, comenzamos a reír de lo jodidas que estábamos, dedicándonos a hacer avioncitos de papel con las cartas del banco y a lanzarlas por el balcón. Al volver a entrar en nuestro mohoso apartamento, mi madre sacó la arrugada tarjeta que contenía el número de teléfono de mi abuelo.

—No podemos ir a peor, ¿verdad? —me planteó enseñándome la última opción que nos quedaba.

Yo me encogí de hombros, ignorando lo que nos depararía el destino: si volvería a aplastarnos o nos daría un respiro para que pudiéramos levantarnos de nuevo. Así pues, haciendo de tripas corazón, mi madre llamó a ese número. Mi abuelo exigió que yo me pusiera al aparato, tras lo que supe que seguiríamos sin tenerlo fácil de ahí en adelante.

—¿A que ya no sonríes? —preguntó él regodeándose en su victoria, esperando que le contestara una chica sin esperanzas. Pero la fuerza que demostraba mi madre al levantarse cada día era un ejemplo para mí, y yo no pensaba ser menos que ella.

—No, pero estoy segura de que quien sonrío miserablemente ahora es usted —contesté con descaro, seguramente borrando el gesto de satisfacción de mi abuelo, que se dedicó a criticar mi desfachatez mientras comenzaba a recitarme una serie de reglas que debería seguir en el futuro, unas que yo estaría encantada de romper mientras creaba las mías propias.

*Tres años después*

Eduvigis Richardson se encontraba de visita en la casa de su hermano, Malcolm Richardson III, una propiedad que muchos años atrás también le había pertenecido a ella. Se trataba de una extensa finca rodeada de árboles ornamentales, localizada en Pasadena, una ciudad del condado de Los Ángeles, en el estado de California.

El edificio era un tesoro arquitectónico diseñado por un renombrado arquitecto de la ciudad. En un principio, en la parcela de cuatro mil metros cuadrados había existido una simple casa de estilo inglés, pero cuando su abuelo la compró la hizo demoler para levantar la ostentosa edificación que se alzaba ahora: una mansión de ochocientos metros cuadrados con quince habitaciones repartidas en tres pisos, una inmensa biblioteca, una gigantesca cocina, doce cuartos de baño, tres salones, varias piscinas, una pista de tenis y un amplio espacio de aparcamiento, todo ello rodeado por un inmenso jardín con un césped de aspecto imaculado, surcado por espectaculares parterres escrupulosamente diseñados donde se exhibían vistosas y coloridas flores.

Varias hileras de grandes árboles, entre los que predominaban enormes robles de grueso tronco, bordeaban los límites de la propiedad, que estaba delimitada por una alta muralla de piedra con un gran portón de hierro forjado con elaborados e intrincados diseños geométricos en donde aparecía, bien grande, el nombre del que fue su hogar: MANSIÓN RICHARDSON.

En cuanto a la mansión en sí, para crear una fachada original, su familia había mandado construirla de hormigón reforzado con acero y revestirla de ladrillos. El techo era de estilo abuhardillado francés a cuatro aguas, lo que permitía convertir el ático en un espacio luminoso, habitable y confortable, recubierto con pizarra de Vermont.

Las grandes puertas francesas de la mansión, tanto la de la parte delantera como la de la trasera, siempre mostrarían la magnificencia de esa casa y le recordarían eternamente a Eduvigis que, a pesar

de llevar el nombre de los Richardson, ella nunca tendría un lugar ni en esa familia ni en ese hogar.

Había sido expulsada de la gran casa familiar por su propio padre muchos años atrás por negarse a seguir las estrictas reglas que este imponía, así como por rechazar un matrimonio concertado del que ella huyó, negándose a ser utilizada como un simple objeto de cambio en los negocios de su progenitor. Cuando, pasado el tiempo, en lugar de regresar a su hogar llorando y rogando perdón, logró salir adelante como buenamente pudo, su padre la tachó de desvergonzada y la desheredó.

Ahora que él ya no estaba allí para menospreciarla, Eduvigis había decidido volver a la mansión Richardson al enterarse de la desgracia que le había sucedido a su sobrina Nancy, que se había visto obligada a regresar a la casa de la familia tras el trágico fallecimiento de su marido, y se preguntó si su hermano Malcolm se comportaría como un padre o si, siguiendo los pasos de su estricto progenitor, pensaría en su hija únicamente como en un valioso activo que emplear estratégicamente en alguno de sus negocios.

Como ella, Nancy había huido en cuanto había podido del asfixiante hogar de su padre; por fortuna, la vida le sonrió y conoció a un buen hombre del que se enamoró, se casaron y tuvieron a una niña.

Obviamente, nunca pudieron contar con el apoyo económico de los opulentos Richardson y vivieron de forma modesta como cualquier familia de clase media..., hasta que la tragedia los azotó y le arrebató a su sobrina a su amado Harry, dejándola en una situación económica muy apurada con una niña preadolescente que sacar adelante. Finalmente, Nancy no encontró otra solución más que retornar a esa gran mansión, que, por muy lujosa que fuera, a ojos de Eduvigis siempre sería una enorme jaula dorada. Cara, bonita, incluso cómoda..., pero una jaula, al fin y al cabo.

Cuando llegó ante las grandes puertas, una estirada ama de llaves intentó hacerla esperar en el vestíbulo, pero ya hacía mucho que Eduvigis hacía caso omiso de las reglas de esa casa, por lo que pasó de largo de la empleada de su hermano, que la miró escanda-

lizada, y decidió que esperaría a Malcolm en su estudio personal, instalada cómodamente en un mullido sillón tras servirse uno de los caros licores del mueble bar que su hermano nunca le ofrecía.

Al llegar al estudio, observó que la puerta estaba entreabierta y se puso a curiosear para ver quién se hallaba en la estancia, en una de cuyas paredes, como antaño, colgaba un gran pergamino que recogía los preceptos que debían seguir los diferentes miembros de la familia Richardson.

En el interior de la habitación, pudo contemplar a una alegre chica de unos dieciséis años que miraba muy concentrada esa estricta lista de reglas. Por sus negros cabellos y sus hermosos ojos azules tan parecidos a los de Nancy, Eduvigis supo que se trataba de su sobrina nieta Candy, la hija de su rebelde sobrina. Una mirada a su elegante vestido rosa de un tono pastel y a sus exquisitos modales hizo pensar a Eduvigis que su hermano Malcolm había logrado lavar el cerebro de la niña con las estrictas reglas de esa casa, que seguía a rajatabla.

Eso la entristeció. Eduvigis consideraba que una adolescente tendría que demostrar con su vestimenta su rebeldía, protestar por todo o gruñir su descontento en más de una ocasión, pero esa obediente chiquilla solo se dedicaba a leer las asfixiantes normas de esa casa con una sonrisa en los labios.

—«Guardar siempre un respetuoso silencio en esta casa y no levantar la voz» —leyó la niña con solemnidad. Sin embargo, para asombro de Eduvigis, la niña profirió entonces un potente chillido y, tras sacar un espray de pintura de su elegante bolsito rosa, se descalzó y se subió al caro sofá barroco blanco de estilo Luis XV para poder alcanzar la primera de esas estúpidas reglas, que procedió a tachar con un escandaloso color rojo—. ¡Rota!

»“Mostrar en todo momento un lenguaje adecuado y adaptado a las circunstancias, sean estas cuales sean” —continuó leyendo la chiquilla. Y cuando asomó a su rostro una nueva sonrisa pícara, Eduvigis adivinó que esa regla estaba a punto de ser tachada e incumplida como la anterior.

Tras oír salir de su boquita un lenguaje bastante soez e imagina-

tivo, con algunos improperios que alguna vez ella misma le había dedicado a su hermano y otros nuevos que harían ruborizar a un matón tabernario, y que Eduvigis anotó mentalmente para dedicárselos en algún momento a Malcolm si era necesario, la pequeña tachó también la segunda regla antes de anunciar mirando la foto de su abuelo:

—¡Rota!

»“No bailar ni escuchar música que rebaje el nivel de dignidad que ha de mantener un miembro de la familia Richardson” —leyó a continuación. Entonces Candy bajó de un salto del sofá y, tras buscar en su móvil una música pegadiza, y bastante horrorosa y machacona en opinión de Eduvigis, no dudó en bailar descalza sobre la antigua alfombra persa de su hermano meneando escandalosamente el trasero—. ¡Rota! —exclamó después de acabar su bailecito mientras tachaba la tercera norma.

Eduvigis reía para sus adentros contemplando a esa rebelde chiquilla que, después de todo, su hermano no había logrado meter en cintura, y decidió continuar observando el espectáculo que le estaba ofreciendo.

—«No manifestar jamás abiertamente afecto o cariño» —prosiguió leyendo Candy. Después de retocarse los labios con un carmín de un color rojo chillón delante del espejo, estampó un descarado beso sobre la regia foto de su abuelo que se encontraba encima del enorme escritorio de madera de nogal—. ¡Rota!

»“Mostrar siempre la debida seriedad” —continuó antes de anunciar con un gesto de burla y tras sacarle la lengua a la foto de su abuelo—: ¡Eso nunca! ¡Rota!

»“No manchar el nombre o la dignidad de los Richardson con un comportamiento inadecuado”... Estoy en ello para romper esta. Tú tranquilo, abuelo —repuso la chica a la foto de Malcolm mientras se subía de nuevo al sofá Luis XV para tachar la cuarta y quinta reglas que había roto con su comportamiento y sopesaba si tachar o no también la sexta.

»“Seguir escrupulosamente todas y cada una de estas reglas y no

infringir ninguna de ellas en ninguna ocasión. Comportarse con la dignidad que exige la familia Richardson” —leyó Candy por último, y también tachó esta séptima norma mientras lucía en su rostro una gran satisfacción—. ¡Y ahora las mías! —exclamó mientras pegaba con celo un folio que contenía sus locas ideas encima del mancillado pergamino, que había pasado de ser un solemne elemento de la rígida tradición familiar a un pobre trozo de piel profanado.

Incapaz de resistirse por más tiempo a conocer a la rebelde hija de su sobrina Nancy, Eduvigis entró en el estudio de su hermano, esa rígida estancia decorada con estanterías repletas de libros de tamaños y colores uniformes y ni una sola mota de polvo, adornada con sobrios cuadros y solemnes estatuas que siempre la había intimidado, pero que en ese momento no lo hacía, pues en su interior se hallaba una traviesa chiquilla que lo iluminaba todo con su alegría.

La joven apenas se inmutó ante su presencia y siguió a lo suyo mientras Eduvigis, por su parte, se acercaba al sofisticado aparador situado detrás del escritorio de Malcolm para servirse uno de los mejores licores de su hermano, que este solo ofrecía a las visitas más selectas, algo que, sin duda, ella nunca sería en esa casa.

—Siempre odié las reglas de mi hogar —anunció Eduvigis después de disfrutar de un largo trago, admirando el trabajo que había hecho su sobrina nieta con aquella lista.

—Yo también, por eso he decidido cambiarlas por las mías.

—Tú debes de ser Candy, la hija de Nancy, ¿cierto?

—Sí. ¿Y usted es...? —preguntó la muchacha, curiosa y descarada, sorprendida al ver a esa extraña mujer que, a pesar de su avanzada edad, vestía con gran atrevimiento.

—La oveja negra de la familia, querida. Soy Eduvigis Richardson, tía de tu madre, hermana de ese estirado de Malcolm, que, a pesar del paso de los años, aún lleva un rígido palo metido en su regio culo.

—¡Oh! ¿La estríper? —repuso Candy, haciendo que Eduvigis

levantara de inmediato la guardia al pensar en todo lo que podía haberle dicho su hermano de ella.

—Sí, aunque en mis tiempos preferíamos el apelativo más digno y refinado de «bailarina exótica», así que si no te importa, querida... —respondió Eduvigis con la frente bien alta, sin arrepentimiento alguno ante las decisiones que había tomado en la vida, fueran acertadas o no.

—En ese caso, tengo una pregunta que hacerle... —dijo la chiquilla, lo que provocó que Eduvigis se tensara al tratar de imaginar qué pregunta acerca de su pasado podría hacerle esa pequeña, y si querría contestarla y recordar con ello los malos ratos que había pasado en esa casa.

Su tensión ante la mirada de Candy solamente duró hasta que la joven mostró una vez más su pícara sonrisa y soltó:

—¿Se gana mucho dinero con eso de quitarse la ropa? Porque estoy buscando romper la última regla y un trabajo a media jornada y, con eso, lograría matar dos pájaros de un tiro.

Las carcajadas de Eduvigis resonaron por toda la casa, contrastando estruendosamente con el solemne silencio que solía reinar en ese mausoleo. Luego, poniendo una mano sobre el hombro de esa chiquilla que cada vez le caía mejor, contestó con la verdad:

—No es un trabajo demasiado agradable, y una menor no puede hacerlo, así que será mejor que busques otra forma de romper esa regla.

—Bueno, no se preocupe, estoy en ello. Ahora mismo voy a hacer una prueba para entrar en el equipo de animadoras del colegio, prueba a la que mi abuelo me ha prohibido que me presente.

—Si vas a hacerla en el estricto colegio de niños ricos al que asistimos tradicionalmente todos los Richardson, no creo que te elijan ni que lo pases muy bien si finalmente te escogen para formar parte del equipo. Esos niños mimados solo saben burlarse de la gente y maquinan para hacer daño a los demás —advirtió Eduvigis a su sobrina, recordando las gamberradas de las que había sido víctima en ese instituto de élite.

—¡Bah, tranquila! Aunque no me cojan estaré satisfecha, pues la prohibición de mi abuelo es que me presente a las pruebas. Y si me eligen, tampoco me ocurrirá nada malo, pues yo siempre rompo las normas de los demás, pero nunca permito que nadie rompa las mías. Ahora, si me disculpa, tengo que llegar a tiempo a esa estúpida audición —dijo Candy antes de salir por la puerta y dejar a Eduvigis sola en la estancia, picada en su curiosidad por conocer cuáles serían las reglas que esa rebelde chiquilla nunca permitía que nadie rompiera.

Y, acercándose al folio pegado con celo, le echó una ojeada a la primera de ellas.

—«No permitas que nadie te arrebate la sonrisa» —leyó. Y, sin poder resistirse, brindó ante el arrugado papel, mostrándose de acuerdo con esa norma que Candy había decidido seguir en su vida, por más difícil que le resultara cumplirla.

### *Segunda regla: «No te dejes avasallar»*

Viviendo junto a un estricto abuelo, yo había aprendido que era muy difícil sonreír bajo la tutela de un hombre que tan solo veía mis defectos, nunca mis virtudes, y para quien mis esfuerzos siempre eran insuficientes. En los tres años que llevaba en esa casa había visto cómo las risas que tanto valoraba mi padre desaparecían poco a poco de la vida de mi madre, y eso era algo que no pensaba permitir.

La última gran idea de mi abuelo para mantenernos bajo sus estrictas reglas y hacer que desapareciera de mi rostro la burlona sonrisa con la que yo siempre lo provocaba había sido animar a mi madre a casarse con uno de sus socios de negocios, un hombre que realmente podría ser un buen partido, de no ser porque tenía un corazón de hielo y nunca hacía reír a mi madre, por lo que a mí jamás me parecería adecuado.

Durante esos tres años me había contenido y había cumplido esas estúpidas normas que colgaban de la pared del estudio de mi

abuelo, ya que ninguna de ellas me había arrebatado las risas y los momentos felices que pasaba con mi madre. Pero ahora que mi abuelo había decidido romper mi regla principal, yo no tenía por qué cumplir las suyas y estaba dispuesta a quebrantar cada uno de sus designios mientras creaba algunas nuevas normas para alcanzar mi felicidad.

El instituto privado al que me había apuntado estaba situado al norte de la ciudad, cerca del límite montañoso del condado de Los Ángeles. El moderno colegio internacional de Pasadena estaba en una ubicación idílica de fácil acceso a la ciudad y contaba con hermosos espacios naturales a su alrededor.

El entorno de sus aulas era inspirador; los estudios de arte, luminosos, y los laboratorios, equipados con las más modernas tecnologías. El lugar estaba diseñado para motivar a sus alumnos y animarlos a ampliar sus pensamientos y sus horizontes con la intención de conducirlos hacia la excelencia académica. Sin embargo, la mayoría de los alumnos de la élite social, política, cultural o económica que acudían a esas instalaciones únicamente se fijaban en las diferencias que podía reportar el dinero o el poder que tuvieran las respectivas familias de cada uno de ellos, levantando una invisible pero real barrera entre los chicos becados y los que procedían de «buena familia».

Esos niños mimados, al verme llegar en mi primer día acompañada por el imperturbable e impecable chófer de mi abuelo, me reconocieron como a «una de los suyos» e intentaron incluirme en su grupo, pero tras dejarles bien claro que nunca me rebajaría a participar en sus estúpidos e inmaduros juegos de niños ricos, se alejaron de mí tratando de advertirme de que nadie, nunca, jamás, en ninguna circunstancia, podía rechazarlos.

Y procedieron a intentar aislarme, a dejarme sola y a hacerme el vacío. Circunstancia que, en realidad, me resultaba indiferente porque yo ya tenía bastantes problemas en mi casa y en mi vida como para empezar a preocuparme por las estupideces a las que se dedicaban unos cuantos niñatos pijos cuando se aburrían.

Finalmente, después de tres años en ese instituto, yo era la única

persona que no pertenecía a ningún grupo en concreto. Las chicas mimadas eran demasiado esnobs y bobas para mí, y nunca me había gustado su afición a reunirse en chismosos y risueños grupitos para reírse de los demás. Las que iban de rebeldes vistiendo con cadenas y chupas de cuero y gruñendo a todo aquel que les dirigiera la mirada tampoco eran mi tipo, porque yo quería enfrentarme al mundo y desafiarlo con una sonrisa.

Los empollones eran un grupo absolutamente ofuscado con su futuro perfectamente planificado al milímetro y sin lugar para locuras o diversiones, y casi en el extremo opuesto estaban los frikis, demasiado estridentes y obsesionados, igual que los empollones, pero en este caso con sus juegos y payasadas, por lo que ambos colectivos me generaban el mismo rechazo, puesto que consideraba que existía un momento para cada cosa, un punto de equilibrio. Al final, yo simplemente era la chica simpática que no pertenecía a ningún lugar...

—¡Mira! ¡Pero si es la estúpida que siempre sonríe! —exclamó mientras me señalaba una de mis compañeras de instituto, a la que yo saludé con mi perenne sonrisa y mi dedo corazón alzado, dejándola un tanto boquiabierta.

Definitivamente, ese no era el día más adecuado para meterse conmigo, cosa que las estúpidas componentes del equipo de animadoras no habían tenido en cuenta a la hora de organizar las pruebas de selección.

En el centro de la pista de baloncesto del gran gimnasio, las animadoras habían colocado una extensa mesa plegable tras la que tres de ellas nos medían con la mirada juzgándonos para esa prueba mientras las demás hacían un corrito no muy lejos, murmurando sobre nuestros defectos y burlándose de ellos en un tono lo suficientemente alto como para que ninguna de las aspirantes dejáramos de oírlas.

Vanessa Stewart, la capitana del equipo, era una chica con una preciosa melena rubia y unos fríos ojos azules. Poseía un rostro muy hermoso, pero también una maliciosa sonrisa que me hacía

saber que por dentro no era tan bonita como por fuera. Ella estaba situada en el centro de la mesa, mientras sus secuaces, Delia y Beverly, dos chicas rubias de aspecto similar que siempre intentaban imitar a su adorada líder, la flanqueaban para asistirle en su elección, sin dejar de ensalzar ni un segundo su ya de por sí enorme ego, recordándole siempre que ella era la mejor de todas las animadoras.

—Veamos, ¿tú eres? —preguntó Vanessa, sin molestarse en pronunciar mi nombre, que ya conocía, pues éramos compañeras en la misma clase, mientras se fijaba en mí y me miraba de arriba abajo con una sonrisa burlona que no dudé en devolverle a la vez que le pagaba con la misma moneda.

—¡Hola! Yo soy Candy Templeton, Bethany.

—¡Me llamo Vanessa, no Bethany! Ese es un detalle que deberías recordar si quieres formar parte del equipo de animadoras —respondió ella ligeramente ofendida, moviendo su melena con presunción.

—¡Oh, lo siento, Valeria! ¡Es que soy tan olvidadiza como tú con los nombres! —repuse luciendo mi mejor sonrisa.

—¡Vanessa! ¡Me llamo Vanessa! Y tú, por ahora, te llamas «número siete» —replicó ofuscada mientras le hacía una seña a una de sus subordinadas para que me entregara la pegatina con el mencionado número que debía mantener bien visible sobre mi pecho.

—¡Muchas gracias, Vivian! —contesté, consiguiendo que se oyera más de una risita a mi alrededor.

Las chicas encargadas de realizar la prueba, queriendo tomarse la revancha por la ofensa hacia su capitana, no tardaron en hacernos correr por todo el gimnasio para un entrenamiento intensivo. Seguramente pensaban que yo no hacía nada de ejercicio, pero, para su desgracia, corría todas las mañanas alrededor de la gran mansión de mi abuelo y estaba en buena forma.

—¡Vamos a correr hasta que esa pierda la sonrisa! —propuso una de las animadoras, incapaz de seguir mi ritmo mientras intentaba echarme encima a las demás chicas de la prueba.

—¿Qué tienes que decir a eso, novata? —preguntó Vanessa con satisfacción desde su cómodo asiento tras la gran mesa.

—Que vais listas... —respondí sonriendo a todas las chicas que me fulminaban con la mirada mientras adelantaba a la animadora que debía marcar el ritmo en la carrera.

Finalmente, cuando la chica que nos guiaba quedó para el arrastre al intentar alcanzarme, la prueba de la carrera cesó y pudimos pasar a otra en la que debíamos imitar los movimientos de Vanessa al son de la música.

Ella, sin haber corrido en absoluto, estaba tan fresca como una lechuga, mientras las chicas de mi alrededor, cansadas y sudorosas, no paraban de tropezar. Yo, por mi parte, seguía sin ningún problema los movimientos de Vanessa, pero eso solo fue hasta que algunas de las demás candidatas envidiosas que tenía a mi alrededor quisieron tomarse la revancha por la carrerita que les habían hecho correr por mí y, en vez de seguir los movimiento de Vanessa, se dedicaron a tratar de ponerme la zancadilla.

Yo evitaba todos y cada uno de esos intentos con mucho ritmo, convirtiendo mi baile en único mientras las chicas de mi alrededor acababan por el suelo agotadas.

Cuando el ejercicio terminó y resultó que yo era la única que quedaba en pie, miré a Vanessa con satisfacción. Pero yo ya sabía que en la vida siempre habría personas a las que no les gustaba verme sonreír, y Vanessa demostró ser una de ellas cuando emitió su injusto veredicto, a pesar del cual no dejé de hacerlo.

—¡Estupendo, chicas! Después de comprobar vuestras condiciones y cualidades, hemos decidido que las candidatas número uno y número tres sean admitidas en el equipo, porque ellas tienen verdaderas cualidades para ser animadoras —declaró señalando a una chica que había quedado para el arrastre en la primera carrera y a otra que parecía patizamba al bailar.

—¿En serio? —repliqué alzando irónicamente una ceja mientras me reía.

—¡Sí! —chilló Vanessa, intentando acallar mi risa. Pero verla así de molesta solo consiguió incrementarla—. Para ti no hay lugar en el equipo, a no ser... —se calló y, tras mostrar una sonrisa perversa,

continuó— que quieras ser la mascota —finalizó señalando la enorme cabeza de un oso que era la mascota del equipo de baloncesto.

Ante sus palabras, las risas comenzaron a alzarse a mi alrededor. Pero eso solo fue hasta que yo me hice con la cabeza del ridículo disfraz y anuncié ante todos con una gran sonrisa:

—¡Acepto ser la mascota!

—¿Eh? ¡Espera! ¿De verdad vas a meterte en ese disfraz sudado? —preguntó Vanessa incrédula.

—Sí, ¿por qué no? Siempre me ha gustado animar a la gente, y no veo ningún problema en hacerlo como mascota.

—Tú misma... —convino ella finalmente, riéndose a coro con el grupito de arpias que la secundaban mientras me entregaba el resto del enorme disfraz.

—Por cierto, entrenad mucho, porque sería realmente cómico que la mascota del equipo lo hiciera mejor que las animadoras, ¿no creéis? —dije acabando de lleno con sus burlas y ganándome más de una mirada de mala leche que me anunciaba venganza, aunque eso no era algo para lo que no estuviera preparada.

\* \* \*

El día del partido de baloncesto era algo que todos en el instituto Torrens esperaban con emoción. El suyo era un equipo ganador que siempre llegaba a las finales, y los enfrentamientos contra los pequeños equipos que disputaban en su camino a la cima no representaban más que un insignificante entrenamiento para ellos.

Sin embargo, a pesar de que el resultado de muchos de esos partidos no tuviera emoción alguna, las gradas de la cancha siempre estaban repletas, a lo que contribuían de forma decisiva los excitantes espectáculos que las animadoras del equipo ofrecían al principio del partido, en el descanso y al final. Y para esa ocasión, Vanessa había decidido preparar uno muy especial para acabar con la sonrisita de una chica en particular de una vez por todas.

—¿Lo tenéis todo preparado para darle una lección a esa listilla?

—le preguntó a Delia, una de sus cómplices en esa broma en la que pensaba dejar en ridículo a esa insolente, mostrándole cuál era su lugar.

—Sí, por supuesto. Está todo planeado para que ocurra durante el espectáculo del descanso y ella no pueda huir con facilidad de las burlas.

—¡Ahora se va a enterar! —anunció Beverly, uniéndose a sus compañeras.

—¡Perfecto! Entonces vamos a borrarle esa sonrisa de la que tanto presume... —declaró Vanessa dirigiéndose hacia la cancha, donde el resto de sus compañeras aguardaban para dar inicio al espectáculo principal del partido, que siempre serían ellas.

Mientras caminaban, preparándose para ocupar su lugar, las vanidosas animadoras se enorgullecían al oír los comentarios del público: chicos adolescentes que siempre las verían como un sueño inalcanzable y chicas que deseaban ser como ellas.

—¡Quiero ser como ella! —decía alguna que anhelaba su popularidad.

—¿Con cuál querías salir si tuvieras la oportunidad? —preguntaba alguno de los chicos del equipo rival, haciendo aflorar en el rostro de Vanessa una sonrisa porque ella ya sabía la respuesta que ellos siempre darían.

—Con la capitana, por supuesto: Vanessa Stewart es la mejor —oía que decían normalmente. Ante esa respuesta sonreía victoriosa para volverse luego hacia ellos y hacerles saber con un presumido movimiento de su melena que nunca estarían a su altura.

*Tercera regla: «Si tus rivales quieren pelea, enfréntalos con una sonrisa»*

Era más que evidente que ese grupo de brujas tenía algo preparado en mi contra. Cada vez que me miraban, sonreían con malicia y cuchicheaban entre ellas. Si yo hubiera sido la buena chica que mu-

chos pensaban que era en el instituto, no habría sospechado de ellas y habría creído simplemente que se estaban riendo de mí a consecuencia de mi actuación metida dentro de ese aparatoso disfraz de oso. Pero a lo largo de los años había aprendido que había gente a la que no le gustaba ver felices a otros, aunque fuera solo en apariencia, y vivían tan solo para arrebatárles a los demás la sonrisa, algo que yo no pensaba permitir. Ni entonces ni nunca.

Las envidias, los celos y las malas intenciones de otros no me iban a hacer dejar de sonreír.

Antes del partido hicimos el espectáculo inicial, que yo ejecuté sin salirme del guion ni protestar, siguiendo sus estúpidas directrices al pie de la letra, pero cuando en el intermedio mis «compañeras» comenzaron a fastidiarme, decidí que era el momento adecuado para romper sus reglas y poner en práctica las mías.

Cuando finalicé mi estúpido bailecito sobre la cancha y ellas intentaron hacerme tropezar en varias ocasiones para grabar mi caída y poder burlarse de mí, fue el momento de enseñarles lo que sabía hacer: mientras seguía la misma coreografía que ellas estaban ejecutando, saqué más de una risa del público, ya que un orondo osito nunca sería tan atractivo como una bonita animadora y siempre provocaría hilaridad.

Pero cuando comencé a imitar sus mismas acrobacias a pesar de ir cargando con el aparatoso disfraz, obtuve varios silbidos de admiración por parte de los espectadores. Y cuando al final hice un salto mortal que ninguna de ellas se había atrevido a realizar, comenzaron a aplaudirme.

El público empezó a avivarse con mi espectáculo, que los llevaba a pasar un momento divertido y a sonreír. Yo recorrí la pista dando palmadas al son de la música, animando con mis gestos a que me acompañaran en mi baile, señalando a alguno de los espectadores, que no dudaron en hacer un movimiento propio añadiéndolo a esa coreografía. Las hermosas animadoras quedaron relegadas a un segundo plano por unos instantes, y el público no tardó en corear el nombre de la mascota:

—¡*Osi, Osi, Osi!*

Aprovechando el momento, me llevaba una mano a una oreja, haciendo como que no los oía, estimulando sus gritos y sus vítores, y los entregados espectadores contestaban gritando aún más fuerte, a lo que yo respondí aplaudiéndoles y dedicándoles una patosa reverencia.

Una vez que mi improvisado espectáculo terminó, recibí una ovación. Y cuando comenzaba a despedirme del público para salir de la pista, las celosas animadoras me echaron por encima el enorme cubo de hielo de las bebidas de nuestro equipo.

Todo el pabellón quedó en silencio cuando el agua se derramó sobre mi disfraz, llegando a calar y a mojarme. Las animadoras se rieron, alentando a muchos de los demás compañeros a acompañarlas en sus malévolas risas, pero yo decidí mostrarles que no me habían hundido y les enseñé a todos, no mis lágrimas, como ellas pretendían, sino mi radiante sonrisa.

Al retirar la cabeza del oso de mi disfraz, exhibí ante todos mi empapado rostro. Luego me desabroché la cremallera delantera del disfraz y comencé a salir de la piel de ese orondo animal. Por supuesto, con la broma de las animadoras mi ropa se había mojado y mi público acabó contemplando mi empapada camiseta, que se pegaba a mi cuerpo, y unos cortos pantalones que se ceñían a mi piel.

Una vez que acabé de salir del traje de la mascota, unos pocos chicos del público, tanto de nuestro equipo como de los del rival, pudieron asimilar que yo era la persona que estaba dentro de él. Me miraron boquiabiertos por unos instantes y tardaron en reaccionar. Pero cuando lo hicieron, los aplausos y muchos más silbidos de admiración y apreciación llenaron las gradas.

En ese momento simplemente cogí mi disfraz y, armada con mi eterna sonrisa, me dispuse a salir de la cancha atrayendo sobre mí toda la atención del público y, de paso, la de algunos de los chicos, que ya no admiraban tan fervientemente a esas animadoras.

—¡Qué cojones! ¡Quédate tú con todas las animadoras, que yo me quedo con la mascota! —oí decir a uno de los del equipo rival

mientras me alejaba del lugar, fulminada por mis «compañeras de animación».

—¿Se puede saber por qué nunca pierdes la sonrisa?! —gritó Vanessa colérica mientras me perseguía por los pasillos.

Y yo, para fastidiarla más, me limité a sonreírle antes de enviarle un beso con la mano y abandonar esa actividad que únicamente me había servido para romper una más de tantas reglas que me negaba a cumplir, tan solo porque seguirlas podía arrebatarme la felicidad.

\* \* \*

En otras ocasiones, Eduvigis había permitido que su hermano la echara de esa casa, pero en ese momento había descubierto en su interior algo demasiado divertido como para abandonar con premura la vivienda familiar. Su inalterable hermano, que nunca decía una palabra más alta que otra, no dejaba de gritar a cada instante, clamando protestas en contra de una rebelde adolescente.

—¡Esto es imperdonable! ¡Le ordené con toda claridad que no llamara la atención y va y hace esto! —exclamaba Malcolm al tiempo que le enseñaba el vídeo que alguien había colgado en una red social, donde su nieta ofrecía un gran espectáculo, primero dentro y luego fuera de un ridículo disfraz de oso—. ¡Lo ha hecho adrede!

—No creo que ella planeara ser empapada por esas brujas... —comenzó a excusar Eduvigis a su sobrina nieta, pero fue complicado continuar con su defensa cuando, para el asombro de ambos hermanos, la mojada adolescente entró en el estudio y, tras dejar el empapado disfraz de oso en el suelo, se subió al sofá y sacó un spray rojo de su bolso para tachar la última regla de la interminable lista.

—¡Rota! —anunció a nadie en particular, volviendo a poner el papel de sus propias reglas pegado con celo.

—¿Decías? —inquirió un furioso Malcolm a su hermana, que intentaba contener su risa con pésimos resultados.

—¡Esta es la última regla que rompes en esta casa! ¡Te quiero fuera de ella de inmediato, niña desagradecida!

—¿Y mi madre?

—Si quiere quedarse, podrá hacerlo siempre que se case con el hombre que le he presentado y cumpla esas reglas que tú estás más que dispuesta a incumplir a cada instante. Si quiere irse, ahí tiene la puerta para marcharse contigo.

—Malcolm, ¿de verdad vas a echar a tu hija y a tu nieta de tu casa solo porque no cumplen con una serie de ridículas reglas que impuso nuestro viejo y estricto padre?

—¡Esas reglas tienen un propósito definido que...!

—Las mías también —interrumpió Candy.

—¿Ah, sí, niña? ¿Y cuál es, si puede saberse?

—Ser feliz.

—¿Ser feliz? Pero ¡¿qué estupidez estás diciendo, Candance?! ¡¿Acaso no tienes aquí un hogar, un lujoso techo sobre tu cabeza, comida, dinero, estatus social, estabilidad y el prestigio del buen nombre de tu familia? ¡¿Qué más puedes desear, niña ingrata, cuando te lo estoy dando todo?! —preguntó Malcolm con furia, haciendo que Candy negara con la cabeza al observar a través de los ventanales del estudio en el jardín a su madre, que no sonreía en absoluto.

—Quiero lo que tú nunca podrás darme, abuelo, así que prefiero perseguirlo yo sola.

—¡Muy bien! ¡Pues aquí se acaba la discusión: si quieres vivir en esta casa, ya sabes cuáles son las reglas! —gritó Malcolm tratando de finalizar la disputa. Pero como a menudo ocurría con esa niña, él nunca tenía la última palabra.

—Y tú ya sabes cuáles son las mías —repuso Candy, señalando el arrugado papel pegado con celo de la pared.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Eduvigis unos momentos después cuando su enfurecido hermano abandonó la estancia, viendo en esa niña la misma rebeldía y el afán de luchar contra la injusticia que la acosaba que un día ella misma sintió. En especial,

contra la jaula de oro que alguien le había preparado desde niña y en la que ella nunca había deseado estar.

—Ni idea —confesó la perdida adolescente, a la que Eduvigis no pudo evitar querer ayudar.

—Mira, Candy, ¿por qué no os venís tu madre y tú conmigo y ayudáis en la tienda de una amiga mía? —propuso Eduvigis, entregándole su tarjeta a la adolescente.

Para su sorpresa, la chica hizo un pequeño avioncito de papel con ella y, tras abrir la ventana, la lanzó en dirección a su madre al tiempo que le gritaba:

—¡No podemos ir a peor, ¿verdad?!

Y, para alegría de Eduvigis, su sobrina Nancy, a la que no había visto sonreír desde que llegó a esa casa, recogió el avión, lo deshizo, leyó la tarjeta de su tía y, entendiendo el mensaje que Candy le había enviado, le sonrió a esta, demostrándole con ello a la anciana que madre e hija no se conformarían y continuarían luchando por mantener esa felicidad que la dureza de la vida no tenía derecho a arrebatárselas. Eduvigis estaba convencida de que, aunque indudablemente, y como le ocurría a todo el mundo, volverían a encontrar trabas en su camino, esas dos valientes mujeres las combatirían con una sonrisa.